



**Marta  
del Riego  
Anta  
Cordillera**

**AdN**

**Marta  
del Riego  
Anta**  
Cordillera

AdN

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Marta del Riego Anta, 2025  
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria  
© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2025  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-10138-68-1  
Depósito legal: M. 24.617-2024  
Printed in Spain

*A mi padre y a mi hijo.  
A la tierra.*



En el invierno sobre el que escribo hubo mucha Oscuridad. Oscuridad en la naturaleza, oscuridad en los acontecimientos, oscuridad en el alma. La oscuridad creciente del no saber.

MARY OLIVER,  
*Horas de invierno*

¿Por qué salvar una especie? Sencillamente porque la misma sinergia de las especies es la que sostiene los ciclos de la vida. De cada especie dependen otras muchas y, a su vez, cada una depende de otras tantas. La conservación de cada tuerca y de cada engranaje es la primera preocupación de un buen mecánico.

JORGE WAGENSBERG,  
*¿Por qué conservar una especie?*



# Obertura



## 0 Coro

---

Resuenan los golpes con la palma abierta. Cinco golpes resuenan.

Resuenan.

Resuenan en tu cabeza.

Un dolor que te sube por el hombro derecho, por detrás de la oreja, pasa por la sien y desemboca en el ojo izquierdo. Un dolor circular. Has bebido demasiado, orujo, cerveza, vino.

Pero no es eso, es la sensación de asfixia, los pulmones aplastados, no te llega sangre al cerebro.

La sensación de un cuerpo pesado sobre otro cuerpo, sobre tu cuerpo.

La boca llena de tierra.

Un ataúd.

El miedo.

Resuenan los golpes con la mano abierta.

Tienes la ropa tirada de cualquier manera sobre el suelo del cuarto. La blusa, la falda, las enaguas. Te levantas de la cama, te pones sobre el pijama una vieja rebeca de lana y te calzas las botas de agua. Guardas la navaja de monte en un bolsillo. Sales al exterior. El aire fresco del alba te afila los sentidos, pero no aquietta el dolor. El rebaño estará bien guardado en el puerto, con los mastines, te dices. Le has puesto

las cancelas de metro y medio contra *llobus* y *osus*. Estará bien, estará bien, te dices.

Bajas hasta el río con la esperanza de que su frescor mitigue el dolor de cabeza. El bosquecillo de abedules con sus lomos plateados se te antoja demasiado tranquilo. No se mueve una hoja, no se escucha nada. Hasta los animales parecen quietos y asustados. Como si una presencia malévolá flotara ahí. Tiritas con tu poca ropa. Hundes las manos en los bolsillos de la rebeca y percibes el tacto frío de la navaja.

Entonces lo ves. Hay un montículo cubierto de barro y hojarasca. Un pie desnudo y pálido asoma entre las hojas.

Resuenan los golpes con la palma abierta. Cinco golpes resueñan.

Resuenan.

Resuenan en tu cabeza.

Es un ser humano.

Y está muerto.

Está más muerto que un muerto. Más muerto que todos los muertos. Muerto y medio enterrado. Algo ha matado a ese ser humano.

Escudriñas a tu alrededor con aprensión: quietud absoluta.

Apartas un poco las hojas con la punta de la bota. El cuerpo está bocabajo. Tiene la nuca despellejada y se distingue el hueso de la calavera. Se te aparece por un momento la imagen de aquel mastín muerto con la piel levantada por encima de la quijada tras una pelea de perros.

Pero esto es un hombre.

La ropa está hecha girones, sangre por todas partes. Surcos de sangre. Como si lo hubieran rastrillado.

Un sembrado de sangre.

Huele a carnaza, a matanza. Algo sale volando hacia ti como si te atacara y te retiras hacia atrás bruscamente. Un coágulo caliente y ácido te salta de la boca.

*Hai un morto.*

Resuenan los *pandeirus*.

Resuenan todo el camino hasta casa.

Resuenan cuando entras en la habitación de madre.

—Madre, *hai un morto*.

Y madre abre los ojos, los vuelve a cerrar un segundo, se persigna, baja lentamente de la cama, se echa la bata sobre los hombros, se acerca a ti, te sostiene las muñecas. Te estás contando los dedos uno a uno. Para cerciorarte de que estás despierta, de que no sueñas un sueño de muerte.

—Está ahí, junto al río.

—*Chamáilu al ti* Isaías, que avise a la familia; *espués*, a la Guardia.



Acto I

Primavera



## Osa

*Negra. Cálida. Mineral. Olor a raíces y a hongos terrosos, a salitre. La osera.*

*Estoy dentro de un silencio velludo, solo tengo que echarme y dejar que todo suceda.*

*Y sucede.*

*El momento llega y los cachorros salen de mí con sus orejas y sus patas y sus hocicos, me despierto solo para comprobarlo, que tienen todo, orejas, patas, hocicos, después ya puedo volver a dormirme. En esta oscuridad morosa. En lo alto de la roca. Protegida.*

*Hasta que se abre la luz.*

*Y la luz me hace salir, salir y buscar comida, de pronto siento un hambre enorme, gigantesca, un hambre que me ocupa por entero, soy hambre, no soy más que hambre, desde que empezó el invierno, sin comer ni beber ni evacuar. Así que cuando se abre la luz, salgo y levanto el hocico, olisqueo el aire, me lleno la nariz de todos esos buenos olores, frescor de hierba, dulzura de polen. Abajo, en el valle, distingo manchas blancas de cerezos en flor. Pronto habrá comida en abundan-*

*cia. Detrás de mí, las crías asoman sus cabezotas por la entrada de la cueva. Las invito a salir, vamos, no tengáis miedo.*

*Es el inicio de la primavera y no hay mucho que comer todavía, hierba, insectos. Exploro los alrededores de la osera sin alejarme demasiado. Vigilo a las crías muy de cerca. Avanzamos por las rocas. Escojo un camino difícil para que las crías se acostumbren a los caminos difíciles. La montaña es buena, la montaña nos protege, pero la montaña también es impredecible, hay cortados verticales y simas sin fondo, y hay peligro, mis crías tienen que acostumbrarse al peligro y tienen que sobrevivir.*

# 1

## La mujer montaña

---

No lo vi venir.

Estaba en el patio trasero cortando leña. Siempre me ha gustado cortar leña. Un trabajo limpio con un resultado inmediato. Lo hago de forma metódica. Coloco un tronco sobre el tocón, levanto el hacha, la dejo caer con precisión y la madera estalla en dos pedazos perfectos. Después los alineo unos sobre otros. Existe belleza en esa simetría. Dejo caer el hacha una y otra vez y los crujidos resuenan como latidos.

No lo vi venir. Atenta solo al rumor de mis no-pensamientos.

A veces no me salen los pensamientos, se quedan ahí atorados, dando vueltas sobre sí mismos. A veces todo lo que hago es eso: hacer, hacer, hacer sin pensar.

Hacer sin pensar.

Por la mañana en el patio trasero. Me había recogido la melena en un rodete sobre la coronilla para que no me molestara y llevaba unos viejos pantalones cortos. Estos días hay un sol de primavera que pincha la piel, y el cielo está inmenso, como la superficie sin mácula del embalse de Barrios de Luna. De la parva de troncos salía el olor verde de la corteza. Las ovejas en el *prau* a cien metros, tranquilas. Madre se había ido a pasar la noche a casa de su hermana en San Emiliano. Me alegro por ella, así hace vida social. Pero temo esos viajes, porque llega

cargada de ideas ajenas, enfebrecida. Tenemos que hacer esto y lo otro, tenemos que vender las tierras del páramo, tenemos que pensar en el futuro, no puedes quedarte sola con las ovejas.

No lo vi venir y me llevé un susto de muerte.

—Qué buen día para cortar leña —soltó Evelio en tono burlón.

Me detuve con el hacha en las manos, lo miré. Se pasó la lengua por los labios y se quedó a una distancia prudente, como si estuviera a la expectativa. Las mangas remangadas de la camisa dejaban a la vista sus anchas muñecas, como talladas en madera basta.

Hice un gesto de saludo con la cabeza y reanudé la labor.

—No está bien esa madera, tsá, tsá, demasiado húmeda —continuó—. Mejor el roble y el castaño que el haya. Las pastoras no deberían dedicarse a cortar leña.

Resoplé, pero no contesté. Me irrita profundamente ese hombre. Llevamos peleándonos desde la infancia, desde que íbamos juntos a la escuela. Él me perseguía y yo lo esquivaba. A la salida de clase se escondía entre la maleza y caía sobre mí por sorpresa. Intentaba agarrarme y yo le propinaba unas buenas patadas. Forcejeábamos y siempre acababa notando sus manazas en algún sitio, un muslo, un pecho.

No me gustaba el rapaz y sigue sin gustarme el hombre. Un hombre que solo sabe hablar de comida y de cuántos conejos cayeron en una jornada y de cómo matar a un cochino y de si se cuenta tal cosa de fulanita o tal otra de menganita. Se sienta en el bar y hace reír a los parroquianos. Cae bien a cierta gente. A mí no, desde luego. Siempre anduvo tras de mí, y yo siempre lo esquivé.

—Intenta prenderla en la chimenea, y verás la humareda —insistió. Se colocó el chaleco de caza, que se empeñaba en abrirse sobre su abultado abdomen.

Percibí un cierto regocijo en su voz. Desde que lo eligieron alcalde del Concejo hay algo temerario en él. Como si pensara que mi rechazo es solo un juego, una especie de cortejo rústico. Como si pensara que un día me voy a dejar manosear, voy a querer *hacerlo* con él. He oído cosas sobre lo que les *hace* a las prostitutas del puticlub de la carretera general.

*Les mete cosas por todos los agujeros y las zurra.*

Me pasé la mano por la frente húmeda de sudor.

—Pues me la vendió tu amigo Nistal —contesté sin mirarlo.

Emitió una risa como un ladrido.

—Qué cabrón. Yo que tú la dejaría al sol todo el verano, que se secura.

—Eso es precisamente lo que estoy haciendo.

Pensé, ahora irá por ahí diciendo que me toman el pelo.

*Una mujer sola, le venden cualquier cosa.*

Sé que tiene razón. He de pelear el doble por todo. El tratante al que llevamos veinte años vendiendo el ganado llegó un día y dijo que había que bajar el precio de los corderos. Que el mercado estaba muy mal. Lo hubiera insultado, lo hubiera echado de casa a patadas. Me venía con esas porque padre ya no está. Soy una pobre mujer sola con un rebaño. Pero me tuve que contener y tragarme la bilis. Así que este año los corderos valdrán un poco menos. Por no hablar de la lana, buena lana de oveja merina, dos años sin venderla. Está almacenada en el pajar. El precio ha caído tanto que no merece la pena ni moverla.

Cogí otro tronco y lo coloqué en el centro del tocón. Esperaba que Evelio se largara si no le hacía caso. Pero no me di cuenta de que había venido con una intención.

—El año que viene veremos a quién arrendamos los pastos del puerto.

Sentí una especie de desmayo. Si me quitan los pastos, estoy perdida.

—Mi familia lleva toda la vida arrendando esos pastos.

—Toda la vida de tu padre, que en paz descanse. Ahora llegan las nuevas generaciones.

—Yo soy la nueva generación —repliqué rápidamente.

Soltó una carcajada, y leí tanto desprecio en esa risa que me dieron ganas de arrojarle un tronco a la cabeza. Había caído en la trampa: eso era exactamente lo que él esperaba que replicara.

—Tú no eres la única, hay ganaderos de otros pueblos que están dispuestos a pagar más.

—¿De otros pueblos? Pero si cada vez somos menos tras-humanantes.

—No estoy hablando de ovejas, el mundo no es solo ovejas, joder. Deberías saberlo, ¿no fuiste a estudiar fuera? ¿Y de qué sirvió? Para volver aquí a lo mismo de siempre. Las ovejas son una reliquia del pasado, ¡bah! Vacas, yeguas para carne, esas sí que dan dinero y poco trabajo.

Hundió las manos en los bolsillos del pantalón y jugueteó con algo, escuché el tintineo de unas llaves.

—Yo pertenezco a este pueblo. Y eso se decide en Concejo. El Concejo es la institución más democrática de la historia, se vota a mano alzada. El alcalde es solo una mera figura decorativa. Tu opinión vale lo mismo que cualquier otro voto —le solté poniendo mucho cuidado en las palabras, es algo que padre repetía a menudo.

—Veremos —repuso él con expresión sombría—, veremos. —Se inclinó hacia delante sobre la cancela—. Quedaste sola, ¿no?, vi el vuestro Suzuki por la carretera. No deberías dejar conducir a Águeda a su edad y con ese cacharro... Pero en esta familia siempre fuisteis muy dejados, se nota que tu padre no era de la montaña.

Apreté con fuerza el mango del hacha. No la iba a soltar hasta que el cabrón ese desapareciera.

—Métete en tus asuntos.

—Uy, uy, ya salió la fiera que lleva dentro.

—¡Lárgate de mi casa!

Me lanzó una mirada rara, entre la furia y la diversión.

—Te crees intocable, ¿no? Pero tus tíos son todos unos vejstorios, tus primos se marcharon y quedaste sola. Una mujer sola no vale nada. Ya te lo demostraré. ¡Un día... verás!  
—gritó antes de desaparecer de mi vista.

Esta noche dejo a la Xana entrar en casa. Los perros nunca duermen dentro. Madre no lo permitiría. Madre los cría, los alimenta, los desparasita. Le gustan, realmente, le gustan. Pero siempre dice que la casa es para los seres humanos. Ya que pasamos tanto tiempo con las bestias, tiene que haber un rincón que conservemos para nosotros solos, para guardar nuestra humanidad.

Esta noche cierro con llave las puertas de abajo. En el pueblo todo el mundo deja las puertas abiertas.

Esta noche la mastina se echa a los pies de mi cama. Una montaña de pelo blanco, la cola enroscada alrededor de las ancas. Dejo la ventana entornada para escuchar el canto del mirlo por la mañana. Dentro de nada habrá buena temperatura y podré quedarme a dormir en las brañas altas. Se me alegra el alma solo de pensarlo.

Y entonces se me ocurre que estoy desprotegida ahí arriba. Si me sucediera algo o, más bien, si *alguien* quisiera hacerme daño, nadie se enteraría. No lo había pensado antes, nunca me ha dado miedo quedarme sola en la montaña. A un pastor no se le ocurriría tener miedo a la noche.

Lo que puedo hacer es llevar la escopeta de padre. Eso es. Cuando tenga un momento libre, la pondré a punto.

Una mujer sola tiene que defenderse.

## El hombre del bosque

---

*Donde hay seres humanos, hay problemas.*

No quiero ver a nadie ni relacionarme con nadie. Tendré que aceptar a un par de becarios internacionales, es parte de mi trabajo de investigador.

Pero ¿vecinos?, ¿ganaderos? Ni hablar.

El día que llegué a la aldea me paré en el bar para preguntar dónde estaba la casa. Mi GPS se había vuelto loco y me conducía a un camino en medio de la nada. Entré en el local, lleno, solo hombres. El sitio no está mal: paredes sin encalar, suelo cubierto de serrín, la barra de pino brillante y, cómo no, una cabeza de jabalí en uno de los muros. El animal muerto no podía faltar en el decorado. Ya que estaba allí, pedí un café y, cuando le pregunté al tipo que me sirvió por la dirección de la casa, me respondió con otra pregunta, ¿veraneante? Me limité a decir que venía por una larga temporada. El tipo siguió cortando una pata de cecina con un cuchillo tocinero que daba miedo y, sin levantar la vista de la tarea, siguió preguntando o quizá no era una pregunta, hablaba con la boca medio cerrada y no se le entendía un carajo, ¿de la Consejería, uh? Se hizo un silencio expectante. Le dije que no, que era biólogo. Soltó otro uh. Del CSIC, añadió, C-SIC, ya sabe.

—¿Y qué se le perdió al cesí aquí?

—Vengo a estudiar a los osos. —Percibí al segundo las miradas hostiles. Debí haberme largado en ese momento, pero esa hostilidad fue como un acicate, me hizo hablar más, desafiarlos, enfrentarme a ellos—. Si alguno ve osos, que me avise. Voy a vivir en una casa que está al final de la calle principal. Si es que logro encontrar la calle principal.

—La calle principal —repitió alguien con sorna.

Hubo risas.

—El cordel de merinas —explicó la misma voz. Era un tipo fornido, macizo, con una expresión zorruna, de listo y de desconfiado.

—Cada vez hay más: *osus*, *lloubus*.

—Aquí sobre *osus* sabemos. Hubo una vez una batida, iban tras los rastros en la nieve de corzos y jabalíes, y se cruzaron con el oso y le dispararon y cayó y resbaló pendiente abajo arrollando a uno, que quedó debajo de la bestia, y entonces el otro se lanzó con el cuchillo a matarlo y el de debajo le dijo, ¡noo, que le estropeas la *peyeya*!

Más risas.

No dije nada. Le daba vueltas a un café amarguísimo en una taza microscópica. Se me derramó la mitad en el platillo.

—Había uno al que le atacó la osa en el Bosque de Hormas, en los años cincuenta —el hombre fornido me miró—, por entonces se podía cazar.

—Se pudo hasta el 67 —le interrumpió alguien.

—Era el deporte de muchos pueblos de la montaña. Y la carne de *osu*, menudos chorizos se hacían.

Otra vez ese silencio expectante. Cerré la boca, me acabé el café con parsimonia y me largué con un seco buenas tardes.

Está claro que no voy a forjar grandes amistades en esta aldea, pero no he venido a hacer vida social.

—Soy un hombre con su perro, no quiero ser nada más.

Las calles de la aldea: tan escarpadas que me cuesta hacer subir el todoterreno. Meto la primera y el motor ruge con fuerza. Dos hileras de casas, ninguna en fila. No hay aceras, los edificios se reparten caprichosamente por el valle alto, casas de piedra de todos los tamaños y esas construcciones de madera, hórreos, casi todos destartados. En el horizonte, como pintadas por un romántico alemán, las cumbres de la Cordillera Cantábrica. Caos y belleza, belleza y caos.

Hundo el acelerador hasta el fondo y las cajas del maletero chocan unas contra otras. Espero que todo llegue de una pieza, con lo jodida que ha sido la mudanza. Es el último viaje. Tengo en mi nuevo hogar casi todas mis cosas, al menos, las que merecen la pena. Apago el motor y me quedo dentro del coche. Intento salir del runrún de mi cabeza y mirar afuera. Una algarada alta de robles, una medialuna de castaños; matas de ortigas y helechos sombrean la senda que asciende al puerto. Los ruidos del atardecer, chirridos de vencejos, cencerros, balar de ovejas. Intento que ese afuera entre y se instale en mi cabeza. Que algo de esa paz me calme. Lo intento.

—Soy un hombre con su perro, no quiero ser nada más.

Bajo algunas cajas del todoterreno y abro la puerta de la casa. Urso salta sobre mí y me come a lametazos como si hubiera estado fuera un mes. Cuando decidí largarme a la Cordillera, lo primero que hice fue conseguir un perro. Un cachorro salvaje de una raza llamada *rhodesian ridgeback*. Rodesianos de la antigua Rodesia, cazadores de leones. Perros esbeltos que cazaban en manada, guardianes atentos de

mirada fija. Cuando Urso ladra en medio de la noche, me pregunto si habrá escuchado un tejón, un lobo o un oso.

—Los perros sois el eslabón entre el misterio del mundo salvaje, inaccesible para nosotros, y el mundo humano, tan obvio, ¿verdad, Urso?

Urso me mira escéptico como carcajeándose de mi pedantería.

Apoyo contra el muro el banco y la mesa para hacer hueco a las cajas dentro del patio. El perro corretea a mi alrededor e intenta mordirme las botas. Lleva todo el día solo en casa y necesita movimiento.

—No, Urso, *ruhig*, después nos vamos, después, ahora en la casa de Urso.

Me escucha con las orejas tiesas. Ya se ha apropiado de la casa, ya es su casa, el terreno que debe defender. La casa de Urso. Me gusta la casa de Urso, me gustó desde el primer vistazo. Esta casa que he encontrado en León, en la cara sur de la Cordillera Cantábrica. Donde llueve menos que en la norte, aquí todo el mundo lo sabe. Las nubes que vienen del mar chocan contra las cumbres y descargan en la cara norte y producen ese curioso fenómeno: atraviesas el largo túnel del Negrón que salva el puerto y separa León de Asturias, y es como si hubieras saltado a otra dimensión, en un extremo sol, en el otro, niebla eterna. Si la autopista no fuera tan cara estaría yendo y viniendo por ese túnel todo el rato, saltando de una a otra dimensión. Me río yo solo.

Urso se apropia de una zapatilla y agita el rabo.

—Boh, ¿qué haces?

Lo persigo por el patio. Tiro de un extremo de la zapatilla, que está ya toda mordisqueada. Él gruñe y tira del otro extremo.

—Urso, *ruhig*, después vamos a dar un bonito paseo por el bosque. Ahora, *ruhig* en la casa de Urso.

Sí, me gusta la casa de Urso. La planta de arriba está techada con vigas de madera y abajo hay un patio con muros de piedra. Y no olvidemos el detalle pintoresco: una lavadora del año de la polca que desagua en la calle a través de una manguera. En el pueblo no hay traída de aguas, las aguas sucias van a parar a una fosa séptica y de ahí a unos prados abandonados valle abajo. Primitivismo del noroeste, algo así. Le pregunté a la mujer mayor que me alquila la casa si los dueños de los prados no se quejaban.

—Son de una familia que marchó años ha. Andan por ahí, por la ciudad. Ni se acuerdan de que tienen unos *praus* en la montaña.

La vieja se alisó el mandil. Era alta, aunque estaba un poco encorvada, y tenía ojos redondos y vigilantes de un extraño azul pálido. Búho, lechuza, pensé automáticamente.

—Yo vivo ahí. —Señaló un edificio de piedra, apartado del resto, rodeado de una extensión de hierba—. Por si le hace falta cualquier cosa. Que esté a gusto —dijo y marchó. Llevaba unos viejos zuecos de madera que parecían lanzar suspiros al chapotear sobre el barro.

Y a gusto estoy. Lo único que me desagrada es que la casa se encuentre dentro del pueblo.

*Donde hay seres humanos, hay problemas.*

30/04. Finalizada mudanza en nueva casa. Cielo despejado, 15° C, me dispongo a hacer la primera espera de oso al sur de la Cordillera.

Cierro el nuevo cuaderno de campo y lo pongo sobre la mochila. Hago varios viajes rápidos hasta el todoterreno. Coloco las cajas de forma que haya sitio para moverse en el estrecho patio. Ya las abriré. Lo único que tengo prisa por desembalar es la batería. He comprado una batería eléctrica,

prácticamente de profesional. Prácticamente, claro. La de percusión la dejé en mi otra casa, mi otra vida, la que llamaremos «mi jodida vida anterior», mi vida antes de ser yo mismo o todo lo yo mismo que lograré ser. También abandoné allí la mitad de mis libros y un montón de ropa inútil.

    Mi mujer se ha quedado con casi todo.

    Me importa tres narices. Que se quede con todo, que se olvide de mí.

    Cojo los prismáticos, el catalejo, el trípode y la mochila. Urso se pone a dar saltos, sabe que nos dirigimos al campo. Me busca con los ojos, esperando mis palabras:

    —Vamos, Urso, a ver si ya ha salido alguna osa de la osera.

# Cordillera

**Una historia salvaje y oscura que transcurre en los puertos de la Cordillera Cantábrica.**

**Una tragedia griega, en la que tres héroes atípicos luchan por sobrevivir en un entorno hostil y, a la vez, de una belleza abrumadora, y en la que el coro canta su destino hasta llegar a la catarsis final.**

La montaña está en guerra, en guerra contra el oso y el lobo, contra los que vienen de fuera, contra sí misma. Y todos están dentro de esa guerra: Nidia, la última pastora trashumante de su estirpe; Darío, un biólogo que, hastiado de su centro de investigación en Madrid, llega a la aldea para estudiar al oso pardo; y la osa con crías que habita en lo alto del valle. La mañana en que Nidia descubre un cuerpo sin vida en el claro del bosque todo se tornará peligro, silencio, muerte.

Marta del Riego Anta indaga en uno de los grandes problemas de nuestro tiempo, el conflicto entre humanos y no humanos por el espacio vital, representado por dos perspectivas muy distintas de la naturaleza, la de los conservacionistas y la de los ganaderos, a primera vista irreconciliables. Aquí resuena el latido del bosque, los lobos aúllan en la espesura y los rebaños cruzan las cañadas. Y hay algo parecido al amor, en un escenario en el que la soledad consume el deseo.

En *Cordillera*, la voz antigua de la tierra te habla y no puedes dejar de escucharla.

AdN

3655068

ISBN 978-84-10138-68-1

